



LA CANANEA.

O mulier, magna est fides tua.
(*Math. XV. 28.*)

Es indudable que la conquista de la Palestina por los israelitas no arrastró consigo la ruina entera de los indígenas. Muchos tomaron las armas; sucumbieron despues en los campos de batalla, ó fueron inmolidos por la dura política del vencedor. Otros huyeron en turbas separadas, ó bien en cuerpo de nacion, sin que el historiadador nos haya conservado las huellas de su tránsito. Los restantes se sentaron en el hogar de los conquistadores, ó en paisés limítrofes, conservando con Israel relaciones de política, de comercio y hasta de religion. Porque si en un principio no creyeron los judios que hubiese obligacion de aceptar y de practicar su ley en los que no descendian de la sangre de Jacob, no obstante en el hecho no rechazaron de su seno á los extranjeros, y hasta acojie-



Vida é hijos de Arango

A. Sanchez lit.

Lit. Llanoy C^o

LA CANANEA.

ron de muy buen grado á los que querian seguir las prácticas del culto mosaico. Hay, pues, fundamento para creer que su doctrina religiosa habia penetrado en las naciones vecinas, y que por sus cuidados mas de una alma fué iniciada en el conocimiento del verdadero Dios.

Con todo, este proselitismo, ni fué muy activo ni muy extenso: hay en el génio de la constitucion hebrea algo de poderoso, pero de exclusivo. Al cristianismo solo estaba reservado allanar las fronteras de todos los imperios, ó invitar todos los pueblos de la tierra al convite de la verdad. Proclamando la unidad de Dios y de la raza humana con una voz mas fuerte de lo que lo habia hecho el mosaismo; presentando todas las razas y todos los siglos rescitados por la misma sangre de un Dios, poniendo en los lábios de todo hombre libre ó esclavo, vencedor ó vencido, aquella palabra de esperanza, de gloria y de verdadera fraternidad: Padre nuestro, que estás en los cielos; el Evangelio elevaba los espíritus y los corazones sobre las envidias internacionales, y creaba un reino único, del cual puede ser ciudadano todo hombre de buena voluntad, en el cual la verdad es el rey, la ley la caridad, y que tiene la eternidad por medida de su duracion.

Antes de subir al Calvario, para sellar con su sangre una tan dulce y tan sublime doctrina, Jesucristo la habia anunciado por su propia boca, y practicado durante su vida. Él habia venido á salvar lo que se pierde, afirmar lo que vacila, realzar lo que está abatido, curar lo que sufre. Aunque su ministerio no debiera ejercitarse comunmente fuera del recinto de la nacion judía, su mirada llena de ternura abarcaba á todos los hombres, y cuando se le presentaba ocasion, su mano derramaba los milagros sobre aquellos á quienes sus compatriotas llamaban extranjeros.

Cierto dia el Hijo de Dios recorria la Galilea. De las orillas del lago de Teberiádes, habia venido á Nazaret su patria: despues, atravesando las tribus de Zabulon y de Aser, se acercó á las costas de la Fenicia, y se adelantó hácia Tiro y Sidon. Deseaba no darse á conocer; pero no pudo quedar oculto, pues la fama de sus

obras le precedía á gran distancia. Una mujer, cuya hija estaba atormentada del demonio, sabiendo que Jesucristo visitaba aquella comarca, vino á implorar su misericordia. Empezó, pues, á dar grandes voces, diciendo: «Señor, hijo de David, habed piedad de mí. Mi hija está cruelmente atormentada del demonio.» La súplica está establecida y se exige como condicion de los mas preciosos beneficios que Dios concede á los hombres. Pero Dios difiere algunas veces el escucharla, á fin de que la perseverancia supla lo que le falta de fervor, ó que por medio de la paciencia aumente el mérito de la plegaria.

A los gritos de la Cananea, no respondió el Señor. Los apóstoles, ó cansados de las instancias de aquella mujer ó movidos por la piedad, se acercaron á Jesus y le dijeron: «Concédela lo que pide, para que se retire, y no se venga gritando tras nosotros.» A lo que Él respondió: «Yo no soy enviado sino á las ovejas perdidas de la casa de Israel.» Los discípulos se manifestaban compadecidos, y Él que es la misma dulzura y misericordia se mostraba severo y duro. Pero la compasion de los discípulos era humana y egoista. «Ella va gritando tras nosotros,» decían ellos; y el que deja fluir de sus labios la amabilidad, ocultaba bajo la apariencia de una palabra fria un tesoro de ternura, y solo buscaba como probar y excitar la fé. Porque Él penetra los secretos movimientos del corazón, y le gobierna con una ciencia infinita y con una caridad incomparable.

La mujer no se cansó, y no perdiendo las huellas de Jesus, le siguió hasta la casa á donde se retiraba, y se le acaró saludándole con respeto, y le dijo: «Señor, socorredme:» é imploró vivamente su piedad. Jesus le respondió: «Dejad que los hijos se sacien primero, pues no es justo tomar el pan de los hijos y echarlo á los perros.» Porque aquella mujer era de la nacion de los fenicios, y éstos, ya fuesen cananeos ó griegos de origen, profesaban la idolatría, y lo grosero de sus doctrinas religiosas daba motivo á imponerles aquella severa calificación. Pero Dios no hiere sino para curar, y la aparente negativa que tenía que recojer aquella mu-

jer extranjera, iba á convertirse en bendicion; como la voz que derribó á Saulo para reconciliarle con la verdad, como la mirada que dejó caer sobre Pedro para arrancarle las lágrimas del arrepentimiento.

La pobre madre, excitada por aquella energía del deseo que no conoce obstáculos, y que convierte las dificultades en instrumentos de buen éxito, confesó que ella pertenecía á las naciones condenadas, y que ella no era del número de los hijos. «Verdad es esto, Señor, pero los perritos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos.» «Oh mujer, respondió entónces Jesus, grande es tu fé, hágase como tú deseas.»

En efecto, la Cananea, al volver á su casa, encontró á su hija curada. Brillante ejemplo del poder que se dá á la fé, símbolo de lo que acontece cada dia entre nosotros en el orden moral, cuando las súplicas de una madre, de una esposa ó de una hermana, logran inclinar el poder de Dios, y arrancan del alma indócil del hombre la enfermedad de la duda, y le libran para siempre del demonio de la incredulidad.

No tardó Jesus en apartarse de aquel lugar, y recorriendo la costa del mar de Galilea, se sentó en un monte, á donde vino á buscarle mucha gente, presentándole los mudos, ciegos, cojos, dolientes de todas clases y á todos los curó con asombro de cuantos lo presenciaron. De sus labios estaban pendientes todas las leyes de la naturaleza, y todos los elementos de la creacion estaban sumisos á su voz. Tres dias estaban ya en su compañía, y no teniendo de qué comer, renovó en su favor el milagro del Desierto con cinco panes y algunos peces, símbolo tambien de la multiplicacion infinita del alimento divino que habia despues de nutrir el pueblo cristiano en toda la redondez de la tierra, y durante todo el trancurso de los siglos.

Despues de aquel milagro, los despidió. Pasó en seguida en la barquilla á los confines de Meguedan, y entónces fué cuando los fariseos y seduceos le suplicaron que les mostrase algunos prodigios, y se los negó. Trasládose despues á las cercanías de Ce-

sarea, donde interrogó á sus discípulos, y anunció á San Pedro su primado, manifestándoles por último que le era necesario partir á Jerusalem para sufrir los ultrajes de los sacerdotes, los tormentos de su pasión, y morir y resucitar á los tres días, y concluyó diciendo: «Si alguno quiere venir conmigo, renuncie á sí mismo, tome su cruz y sígame.»

Creemos oportuno indicar aquí algunas reflexiones generales acerca el carácter de los milagros de Jesucristo, que acaba de manifestar en favor de la ferviente Cananea el poder que ejercía, no solo sobre los fenómenos naturales, sino sobre todas las potencias invisibles. Necesario era que Jesucristo hiciese milagros para probar su misión, para acreditar su doctrina, para hacerse reconocer en calidad de Mesías y de Hijo de Dios. De otra parte su caridad para con los hombres le conducía por sí misma á hacer en favor de ellos uso de su poder. Mas Él sabía conciliar perfectamente la demostración de su poder sobre la naturaleza, con la profunda humildad, y en la precisión en que se hallaba de hacer obras sorprendentes, tomaba todas las medidas para conservarse siempre en la oscuridad.

Todas las especies de milagros estaban á su disposición y tenía á la mano escoger. Podía obrar semejantes á los de Moisés, y descargar horribles plagas sobre la incrédula y obstinada Judea. Fácil le era, como á Elías, hacer bajar fuego del cielo sobre sus enemigos. Así se lo propusieron sus discípulos contra los de Samaria, que le negaron el paso para regresar á Jerusalem. Mas Él los reprendió diciéndolos: «Vosotros no sabéis á qué espíritu pertenecéis. El Hijo del Hombre no vino para perder las almas, sino para salvarlas.» Podía obrar señales y prodigios en el cielo. Muchas veces le pidieron los fariseos prodigios de esta especie, como para dar una prueba de su poder. Pero se los rehusó constantemente, tratándolos de generación depravada y adúltera, y remitiéndoles á la señal de Jonás, figura de su resurrección. Indigno hubiera sido de Él dar semejantes señales para satisfacer la maligna curiosidad de sus émulos, y aun mas para dar celebridad á su nombre, y adquirirse una vana nombradía.

Los milagros que escogió son de pura beneficencia; no tienen otro objeto que el alivio de las necesidades y de las dolencias humanas: limpiar los leprosos, curar los enfermos, dar vista á los ciegos, oído á los sordos, el uso de los miembros á los cojos y á los paráliticos, librar á los endemoniados, como sucedió con la hija de la Cananea, resucitar los muertos. Obró estos milagros como sin designio y accidentalmente: no los anuncia: no prepara á ellos los ánimos de los circunstantes para causarles mayor impresión: los obra simplemente, sin aparato, sin ostentación alguna. Muchas veces deja que ignoren quién es á aquellos mismos á quienes cura, como sucedió con el parálitico de treinta y ocho años y con el ciego de nacimiento, á quien no se descubrió después sino en secreto, para recompensar su fé. Por diferentes veces recomienda á los que ha curado, que á nadie lo digan, como si temiera que no se hagan públicas las maravillas por Él obradas. Después del milagro de la multiplicación de los panes, habiéndole reconocido cuantos lo habían presenciado, por el profeta que debía aparecer en el mundo, y queriendo elevarlo para hacerle rey, huyó y se retiró solo sobre una montaña. Atribuía sus milagros ménos á su propio poder, que á la fé de los que á Él se dirijian. *Idos, mujer, vuestra fé os ha salvado. ¡cuán grande es vuestra fé! hágase como vos queréis; si podeis creer, todo es posible al que cree.* Todo, por fin, lo atribuye á su Padre: estas son las obras que le dió para hacer su Padre: Él no es mas que el ministro y el ejecutor de sus voluntades, ¡Cuán asombrosa humildad en el que con una sola palabra se hacia obedecer de toda la naturaleza! Ni un solo milagro hallaréis del que podais decir que buscó su propia gloria, ó por el cual quisiese llamar sobre sí la atención de los demás. Él, no obstante, era Dios; y no hubiera quedado cumplida su misión, si no hubiese sido reconocido como tal. Este era el fin de sus milagros: imprimir en los corazones la fé de su Divinidad. Y á juzgar por su conducta, creyérase casi que este fin le fué ageno: que no tenía el encargo de procurarlo, que nada le interesaba, y que á su Padre solo tocaba hacérselo conseguir. Así es como

hasta en las obras de su omnipotencia deja Jesus marcada su humildad.

El don de milagros no es comun. Dios no lo comunica sino cuando es necesario para establecer ó para despertar la fé. No hay, pues, necesidad de recomendar la humildad á aquellos á quienes Dios hace participantes de aquella gracia. Perdiéranlo al momento por poco que flaquease esta virtud, bien que esta pérdida no seria para ellos ninguna desventaja. Semejante don no se les concede para ellos, ni produce en ellos por sí solo aumento alguno de la gracia santificante. Es mas para temido que para deseado, porque es muy peligroso que se abuse de él, y que no se consagre enteramente á la gloria de Dios y al bien espiritual del prójimo. Que no pierdan jamás de vista la respuesta que dió Jesucristo á los setenta y dos discípulos, al regresar éstos de su misión, cuando llenos de gozo le dijeron: *Señor, los mismos demonios nos están sometidos en vuestro nombre.*—*Yo veía á Satán, les respondió, que caía del cielo como un relámpago,* previniéndoles de este modo contra el orgullo y la vanagloria. Y despues añadió: *No os alegréis de que os estén sometidos los espíritus: alegraos, sí, de que vuestros nombres están escritos en el cielo.* Como si dijera: no es el imperio que nos da Dios sobre los espíritus, sino la práctica de las virtudes cristianas, y sobre todo de la humildad, lo que nos merece la felicidad del cielo. Dícese por lo comun: es un santo que hace milagros. Confieso que es un indicio vehemente á favor de la santidad; mas diré de uno con mucha mayor seguridad, haga ó no haga milagros, es un santo, pues que es humilde. Jesucristo supone explícitamente en el Evangelio, que con el don de milagros se puede ser reprobado. Muchos me dirán en aquel dia: *Señor, ¿no hemos en vuestro nombre arrojado los demonios, y obrado en vuestro nombre gran número de milagros?* *Yo les responderé entónces: No os conozco; apartaos de mí, vosotros que sois factores de iniquidad.* En aquel mismo dia del juicio, el hombre humilde, aunque haya sido pecador, no será desechado; Jesucristo le dará una favorable acogida; así nos lo asegura en la parábola del fariseo y del publicano.